



CAMPAMENTO DE LA FEDERACIÓN DE FAMILIAS DE ESPAÑA 2024 1ª charla de Gertrud y Norbert Jehle

Nuestra vocación especial como matrimonio

Nuestro tema de hoy es “Nuestra vocación especial como matrimonio”. Quizá no digamos muchas cosas nuevas. Hoy se trata de sumergirse en este mundo. Y la invitación a vosotros consiste en que descubráis lo que se despierta en el alma. El P. Kentenich dice que el camino de la cabeza al corazón es largo. Y ahora se trata del corazón. ¿Hay un eco en nuestra alma? ¿Dónde late nuestro corazón? El P. Kentenich dice que ese es el lugar donde Dios habla. Ahora no se trata de entender, sino de reclinarsse cómodamente y observar si surge una evidencia interior.

El tema del campamento es: *Nueva comunidad ¡Es la hora!* Y ahora os invitamos a sumergirnos y a observar en el mundo de nuestro sacramento del matrimonio. Porque nuestro matrimonio es en realidad la primera comunidad a la que hemos sido llamados. Encontramos a Cristo en nuestro matrimonio y, en primer lugar, en nuestro cónyuge. Dios habita en tu corazón y yo le adoro allí.

¿Adónde voy en primer lugar como esposo cuando quiero encontrarme con Cristo? Una mujer casada se nos quejaba en una ocasión: “Los domingos por la mañana mi marido prefiere meterse en la bañera en lugar de ir a misa conmigo”. Gertrud le contestó espontáneamente: “Quizá deberías meterte con él en la bañera”.

Dios nos ha llamado el uno para el otro. En mi cónyuge Él quiere encontrarse conmigo. Esto también quiere decir que me habla a través de mi cónyuge. En la Federación conocemos los consejos evangélicos. Y entre ellos tenemos el consejo de la obediencia.

Nuestra actitud es: porque tú lo dices.

- A través de nuestro cónyuge, a veces Dios está con sus deseos más cerca de nosotros de lo que nos gustaría.
- A veces el Dios de los altares es más agradable, porque a Él puedo contarle lo que yo quiero. Él no me lleva la contraria en seguida.

Pero nuestra vocación es nuestro matrimonio. Y ahí cultivamos el espíritu de obediencia. Yo también escucho lo que Dios quiere decirme a través de mi cónyuge. Nuestro matrimonio es un sacramento. Hay una historia que contaba un sacerdote de Viena. El había observado, hace ya unos años de esto, que mucha gente, cuando pasaba por delante de la catedral de San Esteban, hacía una genuflexión en dirección al sagrario. Sabemos que ahí habita Cristo y en esa dirección presento mis respetos. Y continuaba así: Nuestro matrimonio también es un sacramento, Cristo está presente ahí. ¿Qué pasaría si nosotros hiciéramos ahora una genuflexión ante Tattie y Fernando? Sería raro, pero sería correcto.

Cristo quiere estar presente en el mundo a través de nuestro sí. Y este sacerdote continuaba diciendo: “Naturalmente no hacemos genuflexiones unos delante de otros. Pero ¡cuántos matrimonios pasan de largo delante de su matrimonio sin hacer una genuflexión!” Nuestro matrimonio nos parece algo que está a un nivel muy natural, muy cotidiano. Y sin embargo es un espacio sagrado.



Es increíble, pero Dios lo quiso así. Y Él sabe que todo pertenece al matrimonio, todo lo que hacemos juntos, aquello a lo que aspiramos, lo que ganamos, y lo que hacemos por nuestros hijos.

El P. Kentenich dice: La imagen más perfecta del Dios Trino son los cónyuges, y además en el momento del acto conyugal. Cuando nosotros somos totalmente uno, en cuerpo y alma, es cuando más nos parecemos a Dios.

El sacramento quiere decir una realidad sobrenatural, divina, y se hace visible y tangible en nuestro mundo natural. El sacramento quiere decir que Cristo no es simplemente una imagen, un signo, ¡sino una realidad!

En Gn 1, 26a - 27 leemos: "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. ... Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó. Como varón y hembra los creó".

Voy a citar al P. Kentenich: El Padre se piensa a Sí mismo. Es el Hijo. El Hijo es la imagen del Padre. Como un artista cuando crea una escultura, la obra dice algo sobre el artista. Por eso, Jesús dice más tarde: "Quien me ve a mí, ve al Padre". Ambos se abrazan en un abrazo eterno de amor. Esto es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo se hace persona en la relación entre Padre e Hijo. Cuando nosotros imploramos el Espíritu Santo, la petición es para ser incorporados a esa dinámica.

Los hombres han sido creados a su imagen. Hombre y mujer como personalidades independientes se entregan mutuamente. Y ese amor puede ser tan fuerte, que puede dar origen a una persona, al hijo. Y así nos parecemos a la Trinidad. No nos referimos a este hijo solo en un sentido biológico. Este hijo es la unidad entre nosotros dos hecha persona. El acto de la procreación es un momento relativamente corto en la vida del hijo. Nosotros invertimos en el hijo (tiempo, dinero, conocimiento, nervios, noches en blanco). El hijo vive de la unidad entre nosotros dos y así somos fecundos en la persona del hijo. Cuando hablamos de este hijo nos referimos a todo aquello que hacemos como matrimonio, en todo aquello que somos fecundos, en nuestro apostolado y en todo lo que hacemos. Este hijo significa toda la vida, la creatividad y la atmósfera que emana de nosotros como matrimonio y de nuestra unión. Para nosotros supone algo especial el hecho de que somos fecundos también como matrimonio. Queremos desarrollar plenamente nuestro sacramento. Dios ha pensado algo para nosotros cuando nos ha unido. Él nos necesita individualmente, pero también nos necesita juntos. Este "juntos" es más que la suma de dos personas. Por eso nuestro apostolado es más fecundo cuando lo hacemos desde nuestro matrimonio y cuando vemos el sacramento como nuestro manantial. A través de nosotros dos, Dios quiere hacer visible su amor en la Iglesia y en el mundo. Si lo hacemos solos, renunciamos a esta fuente de gracias. Siendo realistas, naturalmente que hacemos muchas cosas solos. Pero lo hacemos pasando por el corazón del otro. Por eso, en última instancia, no lo estamos haciendo solos.

En nuestra época el matrimonio y la familia están siendo muy cuestionados y reinterpretados, desde el punto de vista puramente natural y más aún en su relación con Dios. Por eso vemos como una tarea muy especial y muy específica de la Federación de familias hacer brillar la belleza, la fuerza y la grandeza del sacramento del matrimonio. Y decimos: ¡Es la hora!



Cuando surgía una duda o una pregunta crítica en aquello que hacía el P. Kentenich, él lo primero que hacía era preguntarse: ¿Hay algo correcto en ello? Si la respuesta era afirmativa, él lo aceptaba, y si era negativa, entonces para él estaba claro que Dios quería algo en ese punto. Cuando se producía una evolución difícil en el entorno, él entendía que era una llamada de Dios para poner el acento precisamente ahí.

Nuestro camino, lo común nuestro, nuestra unidad, nuestro sí mutuo, trae a Cristo al mundo de forma muy concreta y tangible; incluso se le puede abrazar como cuando abrazamos a un matrimonio.

Muchas gracias por la oración de la mañana de hoy, era justamente el tema: vivir el amor concretamente. Esto vale para nosotros como matrimonio de manera muy especial.

Si yo pienso: “Amo a Norbert”, es un pensamiento hermoso, pero él todavía no nota nada. Por eso mostramos al otro, le hacemos percibir que le amamos. Nuestra vida diaria en común nos ofrece muchas posibilidades.

Nuestra actitud: “Tú eres importante para mí”, por eso hay al menos una hora y media a la semana donde solo estamos el uno para el otro. En el futuro cuando nosotros planifiquemos ese encuentro, diremos ¡Es la hora!

Para nosotros, matrimonios cristianos, hay también una lista de prioridades. Si estoy casado, eso es lo más grande que hay, nuestro matrimonio. Después hay un espacio grande donde no hay nada más. Después vienen los hijos y después la profesión. Y si aún queda espacio, si quedan tiempo y fuerzas, viene todo lo demás que hacemos.

Si yo por la mañana no tengo ganas de ir a trabajar, no puedo decir que lo primero es el matrimonio. No se trata de un orden cronológico. No importa lo que quiera el jefe o el cliente, esa hora y media está garantizada, nadie puede moverla. Y si os llama el obispo y os dice: “Os necesito el jueves por la noche”, entonces contestamos: “Ya tenemos una cita”; tenemos una cita con Cristo que también es su jefe. Bueno si llama el obispo, quizá podemos hablar y ver si podemos aplazar nuestra cita, pero la aplazamos, no la anulamos.

Es una cuestión de actitud, no una cuestión de cantidad. Hacemos tangible que amamos, cultivamos una cultura de la ternura y mostramos mutuamente que nos gusta el otro. Esto suena evidente. Pero en el día a día a veces perdemos la mirada hacia el otro.

Un matrimonio contaba que se habían dado cuenta de que todas las mañanas saludaban amablemente a todo el mundo diciendo “Buenos días”. Pero en el ajetreo del comienzo del día olvidaban decirse “Buenos días” el uno al otro. Nuestro cónyuge está tan obviamente presente, que no le percibimos como un regalo.

Había un tiempo en que los hombres le abrían la puerta del coche a su mujer. Nosotros hemos probado y funciona incluso con el mando a distancia.



Cuando durante el día estamos separados, existen estos aparatos (muestra un móvil) para enviar un breve mensaje de amor; pero no para decir: “acuérdate de comprar mantequilla”. Podemos llamar al otro o enviarle un mensaje, pero sin perseguir ningún otro fin con ello.

Un matrimonio tomó la costumbre de servir primero al otro la bebida, y no al invitado en primer lugar. La mujer contaba que los sábados por la mañana ella va a hacer la compra para el fin de semana y el marido se ocupa de los niños y prepara el desayuno. Y ella se alegra mucho de ese desayuno. A veces también sucede que cuando ella vuelve a casa, hay caos y no hay desayuno. Y ella decía que entonces se enfada con su marido, porque él sabe que ella tiene una gran alegría con ese desayuno. Y aunque ese enfado no es fácil de superar, sin embargo yo te sirvo primero a ti.

A Norbert le encanta el chocolate Bounty. Lo hay en la caja de todos los supermercados. Cuando voy a la compra y veo un Bounty en la caja, quiero llevarle uno a Norbert. Y sé que eso le da alegría. Pero también sucede algo en mí. Durante un momento breve yo salgo fuera de mi mundo y nos veo a los dos. Nos une a los dos aunque estemos lejos el uno del otro. Por tanto, hacer un regalo no es solo darle al otro una alegría, sino que también ocurre algo en mí. Por tanto, hacemos tangible que amamos.

Como casados amamos en bruto, no en neto. Toda persona es un pensamiento predilecto de Dios hecho hombre. Nuestro cónyuge ha sido creado tal como es, no como a mí me gustaría que fuera. Que nuestro cónyuge a veces sea molesto es intencionado. Así es como Dios quiere que yo me entrene en el amor. Cuando uno quiere estar en forma físicamente, no basta con estar tumbado en la hamaca. Es algo que cuesta esfuerzo. Si nuestro amor tiene que ser fuerte, también cuesta esfuerzo, aunque también tenemos que tener la hamaca, donde simplemente se está bien.

No criticamos a nuestro cónyuge delante de los demás. Esto es un proceso de la fidelidad. La infidelidad no empieza cuando yo me voy a la cama con otra señora. Una consecuencia del pecado original es que las cosas negativas nos afectan más rápidamente y con más intensidad. Todos los medios viven de eso. Las noticias negativas son más intensas. Aquí es donde empieza nuestra autoeducación. No nos permitimos ningún pensamiento destructivo sobre nuestro cónyuge. Nos podemos entrenar en ver las cosas positivas. Esto no significa ver todo de color de rosa.

Existe el dicho de que el amor es ciego. No lo creamos: El enamoramiento nos vuelve ciegos, el amor hace que veamos, así que vemos al otro tal como es. Cultivamos en nosotros ver lo bueno.

¿Conocéis lo de las 20 manías que decía el P. Kentenich? Si son más, la cosa se pone más difícil; si son menos, se trata de un caso extraordinariamente feliz. Estas manías no se le pueden quitar al otro. Una mujer nos contaba que había logrado quitarle una manía a su marido. Inmediatamente él adquirió otra manía que era mucho peor. Amamos al otro con sus manías, le amamos en bruto. Pero también podemos ser un poco misericordiosos con nosotros mismos y amar también nuestras 20 manías. Nos alegramos de los logros del otro. Y nos lo decimos mutuamente. Eso no es evidente. Esto no significa que no veamos los fallos. Pero significa que los vemos con una luz positiva y podemos decir: “Yo te amo aunque cometes errores conmigo”.



Por ejemplo: “Me has corregido delante de nuestros hijos”. Eso duele, aunque yo sé que no querías hacerme daño. Así experimentamos mutuamente que Dios es bueno, es misericordioso y perdona. Y esto es lo esencial de nuestra religión.

El ambiente a nuestro alrededor es distinto. No se permite cometer errores. Quien comete un error es criticado, quizá tiene que retirarse porque la atmósfera es inmisericorde. Pero Dios es misericordioso, nos conoce, conoce nuestras debilidades, sabe que cometemos errores, y perdona nuestros errores cuando se los decimos a Él. Y así estamos el uno para el otro en el matrimonio. Somos misericordiosos y así Cristo está más cerca de nosotros.

Me hace bien cuando siento que alguien me dice: “Me gustas tal como eres, con todos tus defectos y debilidades.”

Hemos de tener valor y confianza. Hacemos brillar la belleza del matrimonio. En el congreso europeo de familias de Viena hubo una historia. La ciudad de Viena tenía el problema de que en los grandes edificios de viviendas los cuartos de basuras estaban muy desordenados y la basura no se separaba correctamente. Entonces se encargó a alguien para que investigara cómo se podía cambiar esto. Entonces tomaron una buena cantidad de viviendas y las dividieron en cuatro grupos. En un grupo pusieron encima de los cubos de basura un letrero con las normas para separar las basuras. En otro grupo pusieron una foto de un hombre muy enfadado. En otro grupo había una foto con un hermoso paisaje de un río. Y en el cuarto grupo había un cálculo de las ventajas económicas de separar bien las basuras. Lo observaron durante varias semanas. ¿Cuál de los métodos fue el que más éxito tuvo? El rostro enfadado fue el que tuvo más éxito al principio, pero el efecto más duradero lo consiguió la foto del paisaje hermoso. Había algo ideal, hermoso, ante nosotros, y eso influye en nuestra conducta.

Así que vale la pena hacer brillar la belleza del matrimonio y hacerla visible.

Así nos volvemos muy fecundos para la Iglesia y para la sociedad y traemos a Cristo al mundo.

¡Es la hora!